

ROLANDO CARDENAS

POEMAS MIGRATORIOS

Premio "Pedro de Oña 1972" otorgado por la

I. Municipalidad de Ñuñoa.

EL AUTOR: Nació en Punta Arenas en 1933. Ha publicado: "Tránsito breve". Primer Premio de Poesía de la F. E. CH. Editorial Universitaria, 1961.

"En el invierno de la provincia". Premio Alerce de Poesía. Editorial Universitaria, 1963.

"Personajes de mi ciudad". Poemas en prosa con grabados de Guillermo Deisler. Ediciones "Mimbre", 1964.

"Poemas migratorios", obtuvo en 1972, el Premio de Poesía Pedro de Oña, de la Casa de la Cultura de Ñuñoa, de Santiago.

VIAJA LA TIERRA Y LA CIRCUNDA EL MAR

Viaja la tierra y la circunda el mar,
esta tierra tan dispersa en este mar tan misterioso.
Si ella cambia de lugar, su voracidad nos acompaña sin descanso,
si nos alejamos de él, sigue resonando en nosotros.

No hemos elegido esta tierra,
ella nos habita desde entonces con su luz nocturna,
con esa claridad que precede a las lluvias,
con la nieve que blanquea en las noches de los árboles deformes,
con su obscuridad más honda en sus vegetales dormidos
y con todo lo brusco del comienzo de sus catástrofes.
Para acostumbrarnos a ella invocamos al sol.

No hemos buscado esta agua inmemorial,
esta agua que nos inunda y nos devora implacable
aunque hemos vivido rodeado de su humedad salobre,
porque de su centro vertiginoso nace el océano verde
que todo lo contiene en su resaca
como de su vastedad el horizonte
como de su forma extendida su agitar armonioso.

No se logran reconocer
todos los seres separados hoy por las aguas,
no se pueden reconstruir todas las vidas

en esas casas que también se alejan,
seres y casas que en la bruma de la distancia
sólo nos dejan rostros disolviéndose
como un espejo frente a otro, hasta el infinito
en estas tierras que se separan en silencio.

Viaja la tierra y la circunda el mar,
esta envoltura alada que se desplaza lentamente
con todos los ausentes que llevamos en nosotros,
con los nombres de las cosas en un recuerdo blanco,
con sus fantasmas del tiempo emergiendo de los hielos
y el invierno invariable como un caballo solo en la llanura,
sus vientos rehaciendo el miedo antiguo,
con su soledad compacta transmitida a la sangre
de donde hemos devenido como del fondo de un gran estío
para ser testigos de algo que sólo intuimos,
de lo que nos toca con su soplo bajo un cielo intacto
en este desplazamiento rodeado por las aguas.

LA TIERRA

PRIMERA PARTE

EL DOMINIO
LA TIERRA

¡Tierra arable del sueño! ¿Quién habla de edificar?
—He visto la tierra distribuida en vastos espacios
y mi pensamiento no se distrae del navegante.

Saint John Perse

EL DOMADOR

Hombre y caballo fueron hechos el uno para el otro
y desde un comienzo para medir sus fuerzas.
Pero el hombre tenía un lejano secreto
que era al mismo tiempo su orgullo marítimo:
su destreza y su sabiduría que dominaba a la otra,
la otra que era tempestuosa y desbocada por los horizontes.

Y porque era para estar en el mar o en un caballo,
él, con los pies sobre la tierra era lento y taciturno,
con la actitud de un árbol poco firme
o la de un hombre que no sabe su casa,
tan alejado y enigmático
como si el río de su sangre se hubiera detenido.

Tendría que ser sobre un potro
donde recobraría su estampa poderosa,
su remota estirpe de amansador de otras praderas
legada por un antepasado.

Hombre y caballo
serán una lucha sorda amarrados con cólera,
un desorbitado abrazo que gira y cae en la soledad
frente al ramalazo tenaz del viento del oeste,
trizando el espejo de ese espacio inconmensurable

con un rumor acezante y primitivo,
con un estruendo que no se contiene y devora las colinas
haciendo retemblar la llanura y sus ríos ocultos,
perseguidos por la feracidad y violencia de esas tierras desen-
[frenadas.

Quedará exactamente
una nube de polvo y briznas de coirón que comenzarán a alejarse
y un aroma deforme y espeso de sudor y fatiga.

Era la raíz que lo transfiguraba,
el más grávido de los secretos pronto a derramarse,
su ciencia elemental para saber la lluvia,
su manta dispuesta a todos los pamperos,
el del rostro curtido y el del silencio determinante.

Ahora yace derribado por un caballo antiguo.

TIJERALES

Al alba dejaban atrás las últimas calles de la ciudad
y se internaban por los cerros cercanos
seguros y confiados como en busca del mar
que resonaba al otro lado de esas colinas.

Todos eran costeños.

Dejaron sus pequeñas islas y sus aldeas
por este viento norte
que se les echa encima a lonjazos,
por esta dura escarcha y esta tierra violenta
y nunca les he preguntado por qué.

Por eso reían al reconocer el aroma antiguo y salobre del mar
que los perseguía con su feracidad desenfrenada,
sus años sin memoria y su sabiduría.

A veces recordaban que un navegante las maldijo,
pero ellos llegaron aquí y no podrían estar quietos.
Detenidos en medio de la noche,
sus palabras atravesaban lentamente el tiempo:
en ese sitio desafiaría firmemente al viento y la lluvia
levantada por sus manos, de donde todo nacía.

Mientras se descansaba de la jornada
alrededor del pan y del vino,
me conversaron que todo lo que abarcaba la vista
era el fruto de largos y fatigosos años de trabajo.
"Son tus antepasados —me decían—
y los de los que están poblando estas colinas
quienes ayudan con su sangre a alzar estos cimientos".

Alguien miró el cielo para vaticinar el buen tiempo,
echó una mirada a los tranquilos espirales de humo
de las casas vecinas,
tomó su martillo y silbando un viejo aire
se alejó por entre los maderos recién levantados
para estar con ellos hasta la caída del sol.

LAS NOCHES BLANCAS

Y era una luz que parecía estar a toda hora,
cuando los días comenzaban a crecer
curvándose hacia lentos países nevados.

Se transmitía sin límites
en un quehacer casi silencioso
desde los cielos rojos y llenos de colinas
donde hasta tarde navegaban los pájaros.
También parecía venir por el mar
con un rumor misterioso y un color ceniza.

Antigua claridad de los hielos que se quedó allí
desde la primera noche polar,
verificando un remoto rito que detenía las sombras,
pero que al mismo tiempo transcurría.

Se estaba con nosotros largas horas
como si nos quitara el sueño o el cansancio,
envejeciendo con los pastos y el viento.

Como un recuerdo que lo inunda todo
emergen esos días meridionales

desde el tiempo del hombre que perdió su sombra,
porque esas noches lejanamente iluminadas
venidas por el hielo, el mar y el cielo rojo,
no parecían extrañas en la tierra dispersa,
rodeando esa casa
perdida en un gran sople blanco.

LOS SILENCIOS

A veces en la casa lo único que se oía
era el crepitar de la leña en la estufa
y el acompasado ruido de la devanadera
en la que se absorbía la abuela.

Todos reunidos y todos silenciosos
como llamados a presidir solemnemente el invierno,
con una actitud igual que en el sueño de las noches
pero con dos vidas detrás de esos años:
una, con miles de árboles blanqueados
y otra, que deja crecer el silencio de ahora
con la ventisca alrededor de esta casa.

El crepitar de la leña les devora las palabras
y las vueltas de la devanadera los aleja y los adormece.

Por dentro la casa es un silencio de madera,
pero después de tanto tiempo
alguien se mueve de su asiento y se acerca al fuego,
porque alguna gota de lluvia rezagada
que burbujeó en la tina
es motivo para comentar brevemente sobre el cielo despejado.

URDIMBRE

Era la mano sarmentosa de la casa
que cogía tiernamente el albo ovillo
y lo hacía rodar por la madera.
Toda la pieza se iba cubriendo
con una ancha capa del color del agua pura
y toda la casa era una isla
llevada blandamente por el viento y la corriente de pleamar
en medio de un gran silencio blanqueado.

Era la misma nieve traída por esa mano que ahora no me toca,
una mano que no se cansaba jamás
de escoger las semillas para las siembras,
de buscar los juguetes abandonados,
de elegir los maderos en un bosque brumoso una mañana
y transformarlos en dulces herramientas pulidas.

Algo cambiaba ante mis ojos
sin que se pareciera a ningún secreto,
como estar detenido bajo un cielo demasiado vertiginoso y
[viajar con él
o frente a una pradera con una figura en cuclillas ante mí.

Mi brazo era el que se cansaba o distraía
en este quehacer que se jugaba de rodillas,

pero del otro lado de la pradera
surgía la voz que me llamaba por mi nombre.

Aún no terminaba de inclinarme con un gesto de estupor
ante el ovillo que desaparecía,
la trama que avanzaba hasta alcanzar la otra orilla,
cuando de pronto el silencio de la casa se hizo más hondo,
como si la enemiga del invierno,
cansada de buscarme en torno suyo
hubiera decidido deshacer toda la urdimbre
para volver sus ojos gastados
hacia la luz de su aldea desde donde llegó para conocerme.

LOS VIENTOS DEL VERANO

Dicen adiós desde todos los rincones
y regresan huyendo del cielo,
enredando inútiles cordeles en las jarcias
de viejos veleros que nunca zarpan.

Esto del viento,
es un asunto que ya nadie comenta demasiado
cuando en la mesa se reúnen el pan y la amistad.

Si escuchamos en silencio
lo oiremos alejarse
como si se ocultara para siempre entre ruinas
y volver como esos fantasmas del tiempo
a sacudir con fuerza las puertas y los postigos
que olvidamos cerrar,
asustando a las aves del patio
o jugando con sombreros como si fueran pájaros.

Alguna vez hemos escrito en un simple homenaje
—en el polvo que traía desde los cerros—
un nombre de esos que nunca envejece.

Alguna vez, vientos tristes
han sido las manos rugosas de mi padre
cuando se preparaba un mate amargo
o cuando teñía una vieja guitarra campesina,
el día agonizando entre silbidos del viento
y árboles sin hojas y sin lluvia
para multiplicar la luna en la ventana.

UN DIA KREN NO RETUVO SUS LLAMAS

No hay otra manera de reconocer los hechos
que situándose muy lejos,
—como desde mi casa—
tal vez apenas suponer algo
o aferrarse casi con desesperación
a ese modo inquietante y diabólico
de detener la tarde.

Exactamente igual te detuviste ante mí,
morenamente agresiva
con tu ternura y tus palabras llenas de frío
a pesar del sol
que no retuvo sus llamas.

ENCUENTRO

La ciudad estaba quieta
esperando la caída de la tarde con sus grandes nubes rojas
detrás de esas colinas
que a la distancia cambian de color según el día.

Yo regresaba a dialogar
con los que aún vivían y me esperaban.
Desde tan lejos siempre recibía noticias
de todo y de todos, pero no era lo mismo
que estar ahí, perfectamente desconocido,
mirando hacia todas las calles y rincones,
libre de caminar a cualquier lado
con sólo desearlo.

A cada paso encontraba algo que me hacía cambiar
aunque las cosas seguían allí, inmutables,
como dispuestas a llevarme de regreso
a las mañanas más claras y remotas de las más remota infancia.

También la permanente presencia del mar
me saludaba agitándose a lo largo del Estrecho.

Apareció de pronto, lejana a mis sentidos,
como si emergiera del mismo silencio de la calle
y de la alegría de mis viejos hallazgos.
Después de tantos años,
era absurdo encontrarse
sin tener tiempo para sorprenderse o saludarse
y sin que sucediera simplemente nada.

E D E L W E I S S

Como una sombra de la luz blanca del hielo
creciendo desde el secreto del agua más dormida,
la primavera de la tierra te hace más distante,
tu transparencia azul aleja al mar más oscuro
vigilante del poderoso vuelo de las águilas,
breve estatua impalpable
sacudida por el viento de la cima,
los vientos de la cima de las noches más vertiginosas.

Silenciosa en tu forma,
resplandeces en el día
invisible lágrima pura del cristal de la escarcha,
pronta a emprender la huida del preocupado terrestre
donde nadie habite más intacta en tu meridional altura,
en la atmósfera enrarecida de tu centro aparente
lejana al aire cálido que rondan las colinas
flor precisa del invierno del que sabes brotar
extraterrestre hija de un recuerdo blanco,
porque alguna vez
los hombres de los valles de tí tuvieron noticias
y entonces asomaste a la estancia de sus ojos más hondos.

De ninguna raíz,
de ninguna rama te desprendes,

pero de pronto destellas como la emersión de un astro,
de ningún tránsito,
de ninguna orilla del tiempo
sino de la memoria de los que creen en tu espera de las cumbres,
sino de los que te adivinan en el espejo del cielo
de tu casa ignorada que gira con la tierra
y con la boca que quiere empañar con su soplo tu vaso límpido,
con el rostro que busca su imagen en el lugar de tu llamado
al pie del muro hacia altas migraciones
para el hallazgo de la mano trémula que toca un sueño.

AUSENTES EN LAS HABITACIONES

Hacia el centro de la tierra más dormida,
ese espacio que invariablemente se invoca,
huésped extranjero donde habité alguna vez
cuando los que un día amamos ya no respiran junto a nosotros
y retornan a su fría obscuridad
gastados y sin asidero,
ausentes de su propia partida,
desconocidos que vagan por los crepúsculos del estío
con un sinnúmero de preguntas
sin saber que ellos mismos contienen la respuesta.

He ahí un espejo que ya no reflejará sus rostros,
la primavera que asoma y no comprenden,
la resonancia del mar al pie de la ciudad,
el cielo que desciende blandamente con nieve de otro tiempo
sobre sus materias agrietadas lejos de toda luz.
Evocados en silencio en las habitaciones vacías
salen de mi substancia solitarios en sentido opuesto
como contemplar mi lenta sangre reunida,
la lluvia inmemorial que no odia a la tierra
como al que lo despoja del árbol
al árbol de sus nidos
a los nidos de sus pájaros

a los pájaros de su espacio vital
y a esta orilla sin límites
la actitud de regresar reconcentrado a mi antiguo origen.

Sin aquellos que entonces nos guardaron fidelidad,
los desaparecidos abrasados en su propio fuego
no reconocerán mi rostro entre otros seres.
Desprovisto de los que ocuparon un lugar a mi lado,
vegetalmente desmedido,
tan absorto como que reconstruyo por última vez
a los que cruzaron tantas veces estos umbrales
no sabría reconocerlos en sus nuevos afanes terrestres,
porque no miraron por dentro la límpida fuente
o no supieron amarnos sino de manera forzada
vertiginosamente pálidos por llegar a sus muertes,
situados tan lejos que realmente no me asombra
como si nunca hubieran estado dentro de mí
como si jamás me hubiera movido de mi sitio
como si la inmensa noche girara con la tierra alrededor de mi
[centro.

EL FRUTO INVOCADO

Es un fruto obscuro el que ahora invoco,
un pequeño círculo rescatado de la noche.
A su conjuro regresamos desde cualquier lugar
hacia el mismo punto del que un día nos alejamos
olvidados los ojos donde hemos dejado algo nuestro
para reencontrarnos con ese espacio imperturbable que nos
[pertenece.

Alguien se nutre agritudicamente de tu cuerpo,
alguien que no está solo en las colinas húmedas
sino con todos aquellos que probaron tu sabor,
los primeros que dejaron tras de sí otros nombres, otros soles,
los que permanecieron junto a tí con el viento más violento,
el viento más violento que no logra derribarte
y empuja y deja a la deriva a las casas
e inclina a los transeúntes de tanto luchar contra él,
porque en un principio el pasado es una fuga
que sólo el retorno logra detener,
alguien que se ausculta devorándose
y evoca tu breve materia
desde la sombra de su ser más sombrío.

Es un regreso para encontrar todos los rostros,
la vida transcurrida que abarcamos de una mirada,

lámpara que albergamos en un gesto muy puro
para el nuevo hallazgo en la región del gran silencio,
de la memoria que llama a una puerta dormida
o de la sangre que cumple el deseo imperioso de su cauce
de encontrarte con esa luz que no termina nunca
o se apaga de un soplo
en esas tierras dispersas que alguna vez estuvieron reunidas,
cumplido el rito que obscurece la boca
bajo un cielo en vigilia.

Es un fruto obscuro el que invocaremos un día,
el fruto del invierno de la orilla de la tierra,
resplandeciendo en el hondo recuerdo
con su forma frutal de calafate
para el regreso tan esperado
como un acto muy dulce.

EL MAR

SEGUNDA PARTE

EL MAR

Es una región sola, ya he hablado
de esta región tan sola,
donde la tierra está llena de océano.

Pablo Neruda

EL FANTASMA DEL FARO EVANGELISTAS

Lejos de las señales de la costa,
sosteniéndose en las honduras más remotas del planeta,
como cuatro sombras emergiendo del mar.
Sólo el tiempo más allá de los archipiélagos,
el tiempo convertido en un horizonte desesperadamente vacío,
en un viento tenaz que se adhería con estruendo
a un agua espesa despedazada sin descanso.

Nada interrumpía esa soledad sin principio ni fin,
ni siquiera el paso del día a la noche.

Pero entonces deben haber temblado los ventisqueros
cuando esos grandes continentes que erraban bajo el mar
surgieron, tal vez, como enormes cetáceos heridos
oscilando de una manera lenta y extraña
desde milenarios cataclismos marinos.

Y girando sin término en medio del océano

—dueño del origen que no revela

porque sólo el mar conserva para siempre sus secretos—
están insólitamente eternas,

extraviadas en la niebla, más lejanas y lúgubres,

como de regreso a su antigua soledad,

la soledad de la piedra y el agua.

Y era un agua rigurosa penetrando la roca
como el silencio en una casa grande,
construyendo oquedades en su eterna resaca,
con la sal incrustando su pequeña materia,
encerrando en un anillo blanco ese mundo inaccesible
en un proceso exacto,
empujado hacia las últimas orillas
por el desolado viento del Estrecho
con sólo musgos y líquenes creciendo en sus repliegues
bajo el peso de otras constelaciones.
Rompía ese aire petrificado y de humedad dura
aleteando brevemente en solitarios círculos
el vuelo brumoso y negruzco de "La Remolinera"
como un minúsculo signo de vida vivaz y aterido.
Todo lo demás era lejano y oscuro en los cuatro peñones.

La muerte era aquí un presagio violento,
un material indispensable que respiraba en las sombras
torciendo el buen rumbo de las embarcaciones,
alejándolas del soplo blanco del faro
que desafiaba verticalmente la negra altura
entre amuralladas y grises paredes de granito,
necesariamente expuesto allí para horadar la noche,
guiando a los navíos errantes
por laberintos de escotaduras, canales y arrecifes
que aparecen y desaparecen entre las borrascas y olas del océano.
La muerte en la tormenta, silenciosa y fría
entre el abismo del mar y del cielo.

Aquí fue una certeza terrible y verídica
que se clavó como una mordedura delirante entre dos guardafaros
prisioneros interminables meses de la soledad

y de esos elementos desatados sin clemencia
que los marcaba implacablemente con su aliento helado.
Y como un origen impiadoso de la locura,
sin ninguna posibilidad de vivir alejado después de ella,
un gran solitario sentía crecer el silencio como un escalofrío
viendo detenerse poco a poco el tránsito terrestre,
la palabra y la fatiga del compañero indispensable,
sin poder impedir el llamado de esa fuerza oculta
que reclamaba lo suyo cada minuto entre ráfagas de viento y agua,
pavorosa e imperativa en su requerimiento,
mordiéndolo lentamente su carne lacerada,
queriendo retenerlo para siempre en sus acerados roquedales,
dejándolo más habitante enloquecido en su alta torre,
dueño absoluto de ese fanal del buen rumbo,
sólo un autómatas alucinado y friolento
envolviendo dulcemente su cuerpo en alquitrán.

Sueño debe tener el que bajó a errar por el mar
vencido por ese letargo pesado y poderoso,
y ya nadie podrá despertar sus ojos fijos,
y no tendrá descanso vagando por paisajes sin colinas
inmaterial y desvelado por sobre el roquerío,
apenas un pequeño grito que gira y cae y no se oye jamás
retorna y se pierde por paredes resbalosas de algas y brumas,
absorto e impalpable en su mundo líquido,
rodando por la lluvia intangible y taciturno,
sus pasos despeñándose por las concavidades,
desamparado como el último ser de un planeta destruido,
empedernidamente solo en su viaje sin reposo,
derramado y transparente como brotado de la luz o del hielo,
frío como el aire tenso desde antes de su vida,

arrastrando más abajo,
hacia un tiempo sin pasado y sin medida
su muerte alquitranada,
su sombra imponderable.

COLINAS QUE HAN DEJADO DE SER

En el océano de esas noches
me detuve con mis signos, dispersándome
de aquellas colinas que han dejado de ser,
(hoy deben estar pobladas de tejados rojos),
de la nieve sobre la soledad de los domingos,
de esa agua helada que nos ha rodeado siempre
y del fuego, que nos separaba del invierno.

Un tiempo definitivamente transcurrido y olvidado
por esa decisión
de esconderse cerca de este otro lado del mar.

Ahora era tu voz grave,
grave como madera resonando levemente tocada,
tenazmente alejados de lo que no fuera ese secreto,
dispuestos a dejar atrás lo que nos había afrentado,
a rehacerlo todo en esta casa perdida bajo el cielo
en una alianza de pronto despertada.

El silencio también era un silencio lleno de voces
que con el sueño llegaba
copado con los sonidos ocultos de la noche y la tierra.

Sin duda eras un horizonte ausente
blanca y dormida,
la que no me oye en su humedad salobre
pero en un gesto repentino me acerca,
más que la espuma preparándose desde lejos,
distante de tus ojos oscurecidos por la tarde.

Eras mucho más que el frío aire de la madrugada
que nunca logró penetrar en ese pequeño escondite cerca del mar.

SELK' NAM

Era en la tierra distante y en el comienzo de las fogatas
con llanuras azotadas por despiadados vendavales,
cruzada a veces por bandadas de caranchos o bandurrias,
con un sol leve arriba como de otro tiempo.

Es posible que no siempre haya sido así,
como aquellas numerosas lagunas
que se formaban en invierno y desaparecían en verano
entre cadenas de montañas que se mueren de pronto en el Canal
[Beagle
y bosques espesos de calafates, maitenes y canelos.

En esta espesura antártica,
en ese pesado aire vegetal
cargado con el aroma deforme de gigantescos árboles podridos
desde el comienzo del Estrecho hasta Navarino.
aparecieron en medio de la lluvia
como salidos de remotos continentes de hielo,
igual que arrancados del tiempo de la luz blanca de la noche,
en el origen de la gran familia.

Nómades de su propia lejanía,
cruzaban los silencios con la vieja sabiduría de sus dioses,
sabedores de la magia de la Festuca

que crece al sur de Río Grande
y que antes de botar sus hojas verdes
se transforman en un admirable púrpura de otoño,
dueños eternos de su primordial soledad
en sus frágiles toldos, cónicos como campanarios.

Sólo les bastaba el roble para sus arcos
y el mar para su alimento
antes de la simple faena de sus muertes
a tantas libras esterlinas la cabeza,
y aún podían celebrar la llegada del buen tiempo
adornándose la cara con colores de tierra roja
o de huesos calcinados de guanacos.

Venidos desde el agua,
más bien desde los hielos
cuando los polos empezaron a desplazarse,
hoy se alejan acurrucados dentro de un tronco por los
[archipiélagos,
hacia la misma soledad de sus sueños
parecido al más profundo sueño
de esa tierra milenaria y extraña,
confundiéndose con la bruma del mar,
del cielo y de las piedras,
a integrarse para siempre en los astros, los cerros y los fiordos,
a petrificarse en el agua.

DESDE ESTA CASA ANTIGUA TAN AJENA A ESAS OTRAS

En cada cosa inmóvil en la noche
está ese tiempo inmemorial
que me devora como un fruto extraño,
más que un antiguo sueño rezagado en la sangre
en que es difícil distinguir los rostros
y en su anillo difuso nos envuelve,
nos destruye y nos alimenta.

Sin saberlo hemos vivido atentos a ese rumor
del que emergiste extranjera y pensativa,
extendida junto a mí como una gran llanura blanca
de regreso a mi origen meridional y tenso,
recuperado parte de ese espacio desconocido
desde esta casa antigua tan ajena a esas otras,
con mis rasgos heredados que eran al propio tiempo los tuyos,
en que no me sorprende de tu boca que ahora me llama,
ni de tus manos abiertas,
ni de tu gesto
que no te esconden ni te alejan.

Las palabras fueron hechas para esa lámpara de las sombras
que revelaron tu isla tallada en milenaria canchagua
hasta ser tierra derramada violentamente al sol.

Supe de la primera vez que viste florecer los muermos,
de tus ojos por las olas más altas y sonoras
en su peregrinaje sobre el mar,
del retorno incierto de las embarcaciones del alba
cruzando dulcemente los canales chilotes
y arriba el vuelo amplio de los cheyes.

De tan atrás de esos muros,
como un recuerdo dentro de otro más fecundo,
el arco iris y su curva silenciosa
sobre las islas de las tardes rojas
con ese claro juego de la luz y el agua como único rastro,
el rodar de las piedras por las colinas,
terruños donde los parientes lejanos viven sin prisa, taciturnos,
donde las tempestades armonizan a los hombres.

Esta tierra neutral que nos amarra
nos ha ido transformando lentamente:
tengo un rostro desconocido que no recuerdo,
estás con un pañuelo de aldeana frente al río
riendo fuerte y segura bajo el sol
y no puedo sino pensar en los tuyos o los míos
con negros rebozos entregadas sin fatigas a sus faenas,
estás sin tu infancia
temiendo a los pequeños y rosados gusanos de las siembras
Soy en cambio,
el que en cada pliegue del día o la noche ve tu rostro,
las sombras reunidas o todos los inviernos
en el centro de esa transparencia,
humedecido corazón
en el que nunca habitaré.

No pesa la noche
convertido en un fantasma más entre estas paredes,
alguien con la certeza de haber respirado tu proximidad
por esa orilla distante donde callas,
casi ausente en la actitud del cielo más profundo,
iluminada nieve cubriendo una tierra oscura.

Absolutos e idénticos después de reconocernos
ante esa puerta que nadie más puede franquear
donde te continúas en otros tantos silencios,
aquel que se devuelve de su sueño
con la ternura con que quiere decir un nombre
es el único que puede dejar en tus manos
"este vaso con agua de la flor del yatui para el olvido".

EL ROSTRO EN LA PROA O LA RUTA DE ALLAN WILLIERS

Y luego de la llegada del invierno,
una mañana llena de una ceniza dulce,
desoladamente solitario buscando algo perdido en la memoria,
el último vagabundo extraviado por los rincones de una casa
a la deriva y silencioso
para dar al fin con la cara perdida en el fondo de un libro.

"...y recuerdo igualmente mi juventud
y el modo de sentir que nunca más torna a nosotros..."

Joseph Conrad era entonces el que emergía de un espacio
[oculto,
el paisaje del estío por una ventana entreabierta,
las calles crepusculares de la ciudad recostada en sus muelles
con la nieve que iluminaba y florecía en los árboles secos.
En las horas solas la palabra era un alimento indispensable,
un sueño migratorio hecho de su propia substancia
como un cielo invocado adquiría distintas formas,
el día más taciturno, la lluvia más secreta,
el más tibio rincón en el confín del mundo,
el aire limpio del merodeador de latitudes,
el del viajero empedernido por los mares del Oriente.

Después su rostro difuso fue saliendo de las sombras
brotando de la madera con sus claros perfiles
de una mano que modelaba un recuerdo compacto,
una fruta transparente para mirar un árbol,
un corazón conmovido perfumado en su centro
como una pura lámpara en la proa de un barco.

Y así un día Allan Williers salió en busca del mar
hacia milenarios reinos colmados de secretos.
Con la mirada transitando por un cielo en fuga
era un hombre abstraído en su casa marítima,
su propia voz llamando desde otras orillas
por la bruma como en un sueño demasiado lúcido,
con ese rostro dormido en los astros que retornaba a sus dominios,
hacia todas las tierras lejanas por revelar
y las estrellas más altas con su temblor frío.

Entre olas como columnas o como catedrales,
cayendo en los abismos más hondos del mar
contra el cielo inmóvil brillaban los tres mástiles
crujiendo de potencia en un líquido espeso de árboles pulposos
en busca del extraño país de los skúas

—los pájaros oscuros que adivinan la muerte—
o bajo el vuelo luminoso del albatros

hecho de la misma poderosa materia del viento y el agua,
esa agua tan fría que "dolía é quemaba como fuego".

Un corcel brioso era la blanca arboladura
rompiendo el aire tenso y el estrépito de los ventisqueros

[despedazándose

en un temblor que inundaba hasta las nubes grises
en su singladura invariable,
el húmedo mascarón incommovible

donde el silencio no tiene sentido,
mientras doblaba el Peñón del Cabo de Hornos
bautizado así por un capitán holandés en recuerdo de su pueblo
[natal.

Por la tierra cruzaba un desolado viento blanco
resonando en la sal y el sueño de ese rostro tan ausente
siempre hacia la posibilidad del horizonte y sus otras señales
en un sol de otro tiempo sobre el sur disperso
y sus moradores nacidos de la luz de los hielos
con un dormir sin término en sus bosques de coihues,
por derroteros de las dalcas chilotas hacia lentos villorrios,
resucitando los fantasmas de bucaneros antillanos o de países
[nórdicos
y de los que quedaron a la deriva buscando ciudades en la niebla,
por la estela de las proezas en balsas de maguey
y los arcabuses olvidados entre el fragor de la tormenta,
por los declives de los que retornaron con Robinson Crusoe
el solitario de los perdidos días de la infancia,
reconstruyendo toda la ruta de la piragua de José de Moraleda
la misma que nos haría soñar sobre su carta de la Gran Isla,
navegando como en un cielo nocturno por colinas sumergidas,
saliendo del tiempo después de un largo invernar
con el rostro de Conrad como una lámpara que alejaba la noche
para que así Allan Williers
siguiera buscando los materiales que los uniría eternamente al
[mar.

NOTAS

1.—VIAJA LA TIERRA Y LA CIRCUNDA EL MAR.

Obedece, en este caso, a un modo de prólogo, en el que se mezclan los diversos materiales poéticos que más tarde se desarrollan por separado en los distintos poemas que conforman este trabajo.

2.—UN DIA KREN NO RETUVO SUS LLAMAS.

En este poema, la palabra KREN, de origen Ona (indios nómades de Tierra del Fuego), significa Sol.

3.—EDELWEISS.

Surgió como proyección de una antigua leyenda de los alpinistas: alcanzar esta hermosa flor que siempre se aleja hacia las cumbres más altas e inaccesibles, mientras más se empecinan en apoderarse de ella.

4.—EL FRUTO INVOCADO.

Recreación de una tradicional leyenda magallánica. El calafate es un pequeño fruto originario de la zona, y se afirma que el que prueba su agrídulce sabor, retorna al lugar.

5.—EL FANTASMA DEL FARO EVANGELISTAS.

Este faro, construido en el mayor de 4 peñones por el ingeniero inglés George H. Slight en 1894, muestra la entrada occidental del Estrecho de Magallanes. A principios de este siglo, quedaron allí solamente dos hombres, muriendo uno de ellos —dada la difícil posición del faro y las continuas tormentas para recibir auxilio de inmediato—, por lo que el sobreviviente debió permanecer con el cadáver hasta que fue rescatado.

—Más adelante se hace alusión a "La Remolinera". Es una ave-cilla muy vivaz que habita en esos desolados contornos. Algunos ejemplares llegan hasta el continente, pero en general, viven solitarias.

6.—SELK' NAM.

Es palabra de origen Ona, que significa Hombres en Canoa.

—También se hace referencia a la Festuca o Nothafagus Antártica, más conocida como Festuca Magallánica y Gricillina

—Más adelante, en el verso: "cuando los polos empezaron a desplazarse", se comenta la teoría del meteorólogo alemán A. Wegener, según la cual, resulta evidente, al observar un planisferio, que el contorno oriental de América del Sur, coincide perfectamente con la costa occidental de Africa y por lo tanto, los continentes de la tierra se han formado a partir de dos únicas masas de tierra firme, que se han dividido en el curso de millones de años.

- En el verso: "a integrarse para siempre en los astros, los cerros y los fiordos, a petrificarse en el agua", se hace referencia a que en la riquísima mitología Ona, ellos no mueren, es decir, rejuvenecen, y luego, voluntariamente, se transforman en cerros, ríos, montes o adoptan cualquier otra forma de la naturaleza, cuando deciden separarse del mundo.
- 7.— DESDE ESTA CASA ANTIGUA TAN AJENA A ESAS OTRAS.
- La frase con que finaliza: "este vaso con agua de la flor del yatui para el olvido", está tomada de la novela "El camino de la ballena", de Francisco Coloane. El yatui es una planta usada por los brujos chilotes en sus maleficios, que crece dentro de las calaveras y al dársela de beber a los vivos, borra de sus mentes todo pensamiento.
- 8.— EL ROSTRO EN LA PROA O LA RUTA DE ALLAN WILLIERS.
- La referencia a "la ruta de Allan Williers" es al hecho que este escritor náutico dio la vuelta al mundo pasando por el Cabo de Hornos en un hermoso velero que bautizó como "Joseph Conrad". El mascarón de proa representaba la cabeza de Conrad, como uno de los homenajes más conmovedores a un escritor del mar.
La frase: "...y recuerdo igualmente mi juventud y el modo de sentir que nunca más torna a nosotros", corresponde a Joseph Conrad.
 - La frase: "dolía é quemaba como fuego", es del célebre cosmógrafo español, el piloto Francisco Cortés Ojea, quien, el 17 de Noviembre de 1557, se interna por segunda vez en el Estrecho de Magallanes en la nave "San Sebastián", acompañado del capitán Juan Ladrillero en la "San Luis", dejándonos de este viaje, un Diario con completas e interesantes observaciones sobre la zona austral.
 - En el verso: "por derroteros de las dalcas chilotas hacia lentos villorrios", la palabra "dalca" de origen cunca, indica, en sus orígenes el hecho de balsear o conducir hombres, animales y carga de una ribera a otra. El villorrio de Dalcahue (lugar de balseo), situado en el canal del mismo nombre, frente a la isla de Quinchao, confirmaría esta interpretación. La dalca estaba compuesta de 3 tablones de alerce o ciprés cosidos con fibras vegetales. Es así, el exponente "del primer navío estructurado" que se construyó en América.
 - En este mismo poema, el verso: "por la estela de las proezas en balsas de maguey y los arcabuses olvidados entre el fragor de la tormenta", está referido a lo ocurrido a un barco español que iba a Valdivia y que, debido al mal tiempo, debió recalar en la Isla Santa María. Los naturales del continente, atravesando tres leguas de mar en seis balsas de maguey (gruesas cañas

muy livianas), se aventuraron por sobre el mar encrespado y en medio del ruido de la tormenta, tomaron por asalto al barco. Fueron muertos casi todos los tripulantes, y el resto de los españoles, obligados a pilotear el barco hasta una caleta donde quedó como trofeo de la victoria indígena. Esta es una de las primeras acciones navales registradas. Ocurría en 1658.

- De igual modo, el verso: "reconstruyendo toda la ruta de la piragua de José de Moraleda", invoca al gran geógrafo y marino, quien, en una piragua de catorce varas, rodeó la Gran Isla de Chiloé, se internó por el Seno de Reloncaví y el canal que hoy lleva su nombre, dejando cartas hidrográficas admirables, hechas con hermosa caligrafía e ilustrada con los perfiles de la costa diseñados en bellos colores.

I N D I C E

| | Pág. |
|--|------|
| Viaja la tierra y la circunda el mar | 5 |

PRIMERA PARTE

| | |
|--|----|
| La tierra | 9 |
| El domador | 11 |
| Tijerales | 13 |
| Las noches blancas | 15 |
| Los silenciosos | 17 |
| Urdimbre | 18 |
| Los vientos del verano | 20 |
| Un día kren no retuvo sus llamas | 22 |
| Encuentro | 23 |
| Edelweiss | 25 |
| Ausentes en las habitaciones | 27 |
| El fruto invocado | 29 |

SEGUNDA PARTE

| | |
|--|----|
| El mar | 33 |
| El fantasma del faro Evangelistas | 35 |
| Colinas que han dejado de ser | 39 |
| Selk' Nam | 41 |
| Desde esta casa antigua tan ajena a esas otras | 43 |
| El rostro en la proa o la ruta de Allan Williers | 46 |
| Notas | 49 |